

el relevo de la teología existencial

NECESIDAD DE ESQUEMAS TEOLOGICOS

Cada día se hace más urgente la necesidad de esquemas o modelos teológicos, que pongan claridad y orden en la situación confusa y crítica por que atraviesa la teología actual. No es ésta, creemos, una calificación exagerada o pesimista de la situación teológica de nuestro tiempo; así lo estiman teólogos profesionales, así lo sienten los simples fieles y, en más de una ocasión, es así denunciado el momento presente de la teología y aún de la fe por el mismo Romano Pontífice.

Dos factores contribuyen a crear la confusión: de una parte la enorme producción literaria de artículos y libros sobre temas teológicos y, de otra, la desconcertante diversidad en las soluciones que aportan. Fenómeno común a todos los campos del saber, tiene especial dramatismo en el de la teología, por el serio compromiso personal que comportan sus problemas y por la radical oposición de las soluciones.

El teólogo profesional, no digamos el creyente normal, se siente desbordado por este alud incontenible de literatura teológica y casi angustiada ante la imposibilidad de adquirir la información previa necesaria a su labor personal. Aún supuesta la información previa, dudamos, dada la cantidad de material, que pudiese emitir un juicio psicológicamente equidistante de las sucesivas situaciones espirituales que acaecen tras la lectura de cada uno de los documentos. La distancia temporal entre lectura y lectura impide la presencia y actualidad simultánea de posibilidades indispensable a la hora de enunciar un juicio fundado y objetivo.

La única solución satisfactoria, a nuestro entender, pese a su incalculable riesgo, es la de las máquinas computadoras y archivadoras. Ellas han prolongado ya las posibilidades del espíritu en el campo de las Ciencias, se empieza a intentar su aplicación en el de la Filosofía y estamos seguros de que algún día prestará sus servicios a la Teología. Las dificultades de tipo económico y psicológico, que se oponen a su uso en este último terreno, serán superadas con el tiempo. Hasta tanto no le llega la época técnica a la teología, vamos a intentar con los medios a nuestro

alcance —lectura y síntesis personal— trazar el modelo teológico de nuestro presente, cuyas líneas sirvan, en su esquematismo, de puntos de referencia y de enmarque a nuestra propia situación. Recobrar la seguridad perdida y la orientación es una de las tareas urgentes de la teología hoy y a recuperarla contribuye la conciencia de lo que en torno nuestro está ocurriendo.

DETERMINACION DE LA TEOLOGIA "EXISTENCIAL"

Lo que ocurre en el campo de la teología es un relevo y la teología que se está relevando es la teología "existencial". Empecemos, pues, por definir o delimitar este término. Originariamente se trataba de una cualificación filosófica, con la que se designaba un tipo especial de filosofía. Con el uso acabó por convertirse en término periodístico de significado amplio y ambiguo. Aplicado a la teología y en nuestro contexto, quiere significar el tipo de pensamiento teológico que se ha venido elaborando durante los años que separan la segunda guerra mundial del Concilio Vaticano Segundo. Esta caracterización meramente cronológica ayuda, no obstante, a concretar y fijar nuestro campo de análisis.

En ese espacio de tiempo conviven varias teologías. Desde luego, no se rompe la continuidad de aquel hacer teológico que arranca de la Edad Media, se enriquece en la problemática tridentina y se apropia posteriormente el método histórico-crítico. El calificativo "existencial" no se refiere naturalmente a esta manera de teología escolástica y oficial, sino justamente a todo el restante pensamiento teológico que se elabora al margen o enfrente de la misma. De modo que esta sería la segunda nota distintiva de la teología existencial, tal y como la entendemos en este artículo: la no-oficial y no-escolástica.

La teología no-oficial y no-escolástica de los años preconciliares presenta algo más que matices diferenciadores; pero no es nuestro propósito señalar ahora sus diferencias, sino precisamente sus rasgos comunes. En sentido riguroso teología existencial sería únicamente aquella cuyos planteamientos, metodología e instrumental lógico-lingüístico toma prestados de la filosofía existencial o existencialista. Es ciertamente la línea más relevante del movimiento teológico preconiliar, pero como no es la única, quisiéramos aquí ampliar la significación del término existencial, de modo que abarcara también la teología vitalista y personalista.

Estas y otras teologías no-oficiales y no-escolásticas, que se producen en el lapso de tiempo señalado, coinciden en una serie de rasgos fundamentales que justifican tomarlas como un todo, aunque la denominación "existencial" responda a la parte relevante. Son los siguientes: dirección antropológica —no cosmológica o teológica— de sus planteamientos, sustitución del método argumentativo por el fenomenológico, y lenguaje técnico inobjetivo. En el análisis existencial y en la estructura dialogal del hombre encontraron los teólogos nuevos problemas o nueva versión de las viejas cuestiones. Tenemos la impresión de que este ciclo de filosofía y teología existencial se ha cerrado; que lo que quedan son sólo residuos o reminiscencias. Con la introducción de un nuevo estilo en la reflexión teológica nos encontramos en posición inmejorable, para poder

abarcarla en su totalidad y, por lo mismo, para poder medir su sentido y su crisis.

CRISIS DE LA TEOLOGIA "EXISTENCIAL"

En los fenómenos espirituales es casi imposible señalar la fecha del nacimiento, del acmé y del relevo. Tocante al relevo de la teología existencial bien se pueden señalar los años sesenta; es cuando entra en escena la teología radical, la teología analítica y la teología política. Es la época que estamos viviendo, encuentro y separación conjunta de los estilos teológicos opuestos, cuya coexistencia es lo que precisamente origina la confusión y el desconcierto en profesionales y no profesionales de la teología.

Comprobar los sitios por donde se resquebraja la teología a relevar es más fácil que dibujar la imagen de la teología que adviene. Los comienzos creadores suelen ser siempre titubeantes y de tanteo en lo que tienen de aportación positiva, aunque se manifiesten claros y contundentes en sus actitudes negativas. Así ocurre con la actual teología "praxista" en trance de hacerse paso.

El estudio del relevo de la teología "existencial" se puede enfocar de tres maneras: determinación de las bases que empiezan a ceder en la vieja estructura, exposición de la crítica a que es sometida por la teología nueva y estudio directo de la neoteología misma. El mismo y único fenómeno de la crisis o relevo presenta simultáneamente estas tres dimensiones, pero lógicamente tiene prioridad la primera, que es la que toma en cuenta nuestra reflexión. Pretendemos evidenciar los puntos por donde hace aguas la teología existencial, confrontada con el momento actual teológico.

El hecho mismo del relevo está suficientemente constatado, aunque insuficientemente reflexionado. He aquí tres caminos de cercioramiento fácil: descenso progresivo de contribuciones de signo existencial en Revistas y Congresos, confesión de los mismos representantes de la teología existencial en sus más recientes publicaciones, la opinión pública de la nueva generación teológica que se anuncia. Nos referimos con esto último a cómo el estudiante de teología no reconoce ya figuras que parecían definitivamente consagradas, no reacciona a problemas y doctrinas que habían sido novedad hasta ahora, determinadas palabras y términos que pierden en él su prístina sonoridad y brillo. El fenómeno de la crisis se produce, a simple vista, como de un golpe; en realidad tiene su proceso. Cuando se pierde el gusto por una determinada forma de filosofar, acaba por no gustar la teología a la que servía de soporte.

Independientemente de su condicionamiento filosófico existencial y en relación con la teología escolástica y oficial, el relevo se produce por una ruptura definitiva con la tradición. En el fondo está operando una nueva concepción del hombre, como ocurre siempre que se dan cambios sustanciales en el pensamiento. Correlativamente la visión antropológica repercute en la visión de la transcendencia. Y, finalmente, como consecuencia de la reestructuración del objeto, quedan obligadamente releva-

dos el método y la terminología. He aquí el esquema de relevo que vamos a concretar en el caso de la teología "existencial".

RUPTURA DEFINITIVA CON LA TRADICION

La tradición está representada en este caso, como queda dicho, por la teología de raíz escolástica y oficialmente reconocida, organizada sistemáticamente en los Manuales a los que sirve de complemento una rica investigación monográfica. Su línea más o menos renovada no se interrumpe nunca. Es curioso comprobar cómo durante todo el siglo veinte se van repitiendo los intentos, primero de hacer saltar su situación de privilegio y después de suplantarla legítimamente. La crisis modernista, la apologética de la inmanencia, la teología kerigmática, la "nouvelle théologie" y, últimamente, la teología de cuño existencial son los momentos claves de ese continuo forcejeo entre teología clásica y ensayos renovadores.

En esta perspectiva hay que situar los teólogos conciliares, cuyos nombres han tenido más resonancia. En el sentido amplio de la palabra son teólogos existenciales, pero sería injusto calificarlos de antiescolásticos. Más exactamente se encuadran entre los paraescolásticos e incluso entre los coescolásticos, en el sentido que vamos a explicar enseguida.

Los teólogos que preparan y maduran lo más genuino en la aportación del Vaticano Segundo vienen todos ellos sin excepción de la Patrística y de la Escolástica. Basta echar una ojeada, para confirmarse, a los trabajos que cierran su formación universitaria o abren su carrera profesoral y a los primeros escritos que publicaron. Después ensayarán nuevos géneros literarios e iniciarán nuevos rumbos en los temas que eligen y en el modo de tratarlos, sin que nunca llegue a perderse totalmente el sello de origen. Jamás llega a consumarse la ruptura completa con la tradición; en parte, por esa su primera formación clásica y, en parte también, por su fidelidad a las normas establecidas. De aquí que la teología nueva que ensayan o es paralela a la escolástica, o integra elementos escolásticos y existenciales en una forma que no siempre es fácilmente inteligible, o traduce lo escolástico en existencial al modo como venía trabajando ya en el campo filosófico la llamada "escuela católica heideggeriana". En todos los casos el lazo entre teología existencial católica y teología tradicional escolástica nunca se rompe conscientemente.

La ruptura definitiva de la teología con la tradición escolástica y aun con la patrística es el anuncio de una nueva fase. La generación de teólogos que empieza a introducirla no sólo deja de pisar en las huellas trazadas por el pensamiento tradicional, sino que la misma conciencia de discontinuidad les resulta aporosa. Elaboran y realizan sus programas sin preocuparse lo más mínimo por el posible ajuste o desajuste con los módulos tradicionales. La libertad de movimientos es absoluta. El Magisterio para ellos no es punto de llegada, cuya trayectoria pretérita hay que explicar, sino punto de partida hacia nuevas metas que hay que preparar. La ruptura iniciada por la teología existencial, al emprender sus nuevos rumbos, se consuma en esta fase posexistencial y el fenómeno ocurre casi espontáneamente.

RELEVO DE LA ANTROPOLOGIA "EXISTENCIAL"

La teología "existencial" aparece en el horizonte teológico como una réplica al esencialismo, anhistoricismo y cosificación de la realidad sobrenatural, llevada a cabo en la fase clásica, de modo análogo a lo que ocurría en el área del pensamiento filosófico. Ni en el caso de la filosofía ni en el de la teología la réplica fue tan radical y consecuente que eliminara de sus nuevas estructuras todo residuo de "metafísicismo". El hombre que sustenta los análisis de Heidegger o Jaspers, Marcel o Sartre, Lavelle a Le Senne no se agota en la técnica, ni en el saber objetivo, ni en la individualidad histórica. Es un "ex-sistente" en el sentido originario del término, algo que se coloca por encima de sí mismo, un ente metafísico. La otra constante del pensamiento "existencial" es la intersubjetividad o interpersonalidad. Dice dos cosas: la primacía de lo subjetivo y personal en el hombre sobre lo objetivo y cosificado, y la correlacionalidad como componente de la estructura antropológica.

Sobre estas dos bases —proyección metafísica del hombre y comunicación personal— se construye toda la teología "existencial". Por lo pronto desplaza el hombre a Dios del objeto de la teología. Entre la fase clásica teocéntrica y esta nueva fase antropocéntrica se ensaya la intermedia o cristocéntrica, recogida en los más recientes programas de teología historiosalvífica.

El antropocentrismo existencial no es del todo puro, ya que procura mantener siempre el contrapolo de la transcendencia, teológicamente traducida por la palabra Dios. Aplicando la ley de la subjetividad o personalidad y manteniendo los dos extremos —Dios más hombre— el resultado es una teología como reflexión sobre el diálogo teándrico, que tiene su expresión máxima en Cristo y su continuidad en el sacramento de la Iglesia. La palabra "sacramento" o "misterio" es típica de la teología "existencial", casi un doble teológico de la "cifra" o "misterio" en la filosofía del mismo signo.

El acabamiento simultáneo de la filosofía y teología "existencial" quizás tenga su punto de arranque aquí, en la inaceptación de la estructura metafísica del hombre. Ni el Estructuralismo, ni la Filosofía analítica, ni el Positivismo lógico, ni el Marxismo, que son los modos de pensamiento con presencia y reconocimiento oficial, aceptan la interpretación metafísica del hombre. Será agradable o desagradable, esperanzador o desolador para metafísicos y teólogos, pero es un hecho insoslayable. Cuando ocurren estas transformaciones tan radicales en el ámbito de la Filosofía, automáticamente se resiente la Teología; lo tenemos sobradamente experimentado en la historia de las relaciones de ambos saberes. En el presente relevo de la teología "existencial" la transformación se nos hace más dolorosa en la medida en que pasamos a ser actores y pacientes de la misma y porque la denudación de la realidad religiosa y metafísica del hombre se nos antoja la privación de aquello más entrañable que ponía en él el mensaje cristiano. El hombre desnudo de estas prendas e interpretado en su inmediatez de ente técnico y desmitificado es lo que se ofrece a la teología, para construir desde ahí su pensamiento. Los intentos metafísicos de la teología existencial, por muy an-

tropológicos que se presenten, aparecen a los ojos de las nuevas teologías tan desfasados como fueran antes la escolástica a los ojos de la existencial.

LA DISOLUCION DE LA TRANSCENDENCIA

Estructura metafísica del hombre y transcendencia son dos magnitudes correlativas, así que, si una desaparece, lógicamente tiene que desaparecer la otra. En la teología existencial se mantiene la transcendencia; hasta nos atreveríamos a decir que está animada toda ella por una "pasión de transcendencia". La fe filosófica en la transcendencia ha podido concurrir hasta ahora con la fe teológica y con el positivismo científico, dividiéndose con alternativas de preferencia el campo de la cultura. Poco a poco fueron perdiendo terreno el uso y otro tipo de fe y el espíritu "neopositivista" —damos aun sentido amplio al término— ha acabado por adueñarse de la situación. El lenguaje de la transcendencia o se acusa de alienante o se le declara sin sentido o se le concede solo un valor de significación indirecta.

La teología existencial protestante había intentado anteriormente una fuerte reducción de elementos trascendentes en la realidad cristiana. El pasado y el futuro quedan reducidos al presente de la "existencia"; es el proceso de "desmitificación". Los enunciados de pasado dejan de referirse al pasado y los del futuro al futuro, porque historia y escatología cristiana, sometidas a la nueva hermenéutica, son enunciadas de presente, expresivos del modo de ser del hombre. Fiel al modelo heideggeriano, la hermenéutica transcendental de la "teología desmitificadora" no es tan exhaustiva, que elimine absolutamente la transcendencia. Dios queda en ella vivo, aunque bastante desdibujado. El método llevaba, sin embargo, a la eliminación total, como efectivamente ocurre en la "teología radical".

La teología radical es la radicalización de la hermenéutica existencial. La desaparición de Dios del horizonte teológico ha desconcertado a la teología católica, a la que principalmente nos venimos refiriendo. Los más atrevidos empiezan a contar ya con la hipótesis del "Dios muerto" y con otras cosas más que hagan posible la implantación del Cristianismo en todas las autointerpretaciones culturales del hombre. En otros medios se trata de sustituir al Dios alienante y absorbente de las últimas teologías —sin excluir la existencial— por la auténtica imagen del Dios bíblico, que no sería así. Otros prefieren no hablar del asunto y se refugian en la práctica del "amor fraterno" como esencia y síntesis del Cristianismo, definitivamente realizado en el compromiso temporal de la comunidad evangélica. La nueva posición es diversamente enjuiciada: quién opina se trata aquí de una adaptación oportunista a las nuevas circunstancias, quién la considera el repensamiento más auténtico e históricamente menos tarado de la tarea cristiana.

Por esta vez la metafísica antropológica u ontológica, subyacente en la teología "existencial", no ha sido sustituida por otra, como venía ocurriendo en los sucesivos relevos de la teología, sino que sencillamente la metafísica ha sido eliminada. Y lo ha sido, porque antes de perder la fe en Dios se ha perdido la fe en el Ser.

LA SUSTITUCION DEL METODO

Cualquier modificación del objeto y cualquier replanteamiento de tareas en una disciplina lleva consigo inevitablemente una renovación de método. La teología escolástica, más preocupada de Dios que del hombre y más atenta a la voz de la tradición que a la del tiempo, tuvo que emplear necesariamente un método progresivo, si tomamos como punto de referencia al hombre y las realidades terrenas. El camino que recorre el escolástico va desde las fuentes de la revelación hasta la realidad mundana, siendo aquéllas siempre el punto fijo y éstas lo variable. En caso de posible, real o aparente conflicto, lo que hay que eliminar o acaso forzar es la realidad humana o terrena.

La teología "existencial", al menos la católica, mantuvo en la sustancial este esquema. La norma seguía siendo la revelación y lo otro, el mundo y el hombre, lo normado. Decimos que el esquema se mantiene en lo sustancial nada más, porque dentro de él se introduce una modalidad que establece diferencias notables entre teología escolástica y teología existencial. El análisis de las "fuentes" en la teología "existencial" no parte de cero, está siempre condicionado por el "análisis existencial". Somos oyentes de la Palabra —he aquí lo sustancial del esquema— pero el escuchar es solo posible por y desde nuestra estructura antropológica. El método no es puramente progresivo ni puramente regresivo, aunque en los más genuinos representantes de la teología existencial católica tenga más de lo primero que de lo segundo, es decir, se acerque más a la escolástica que a la "praxística".

Bastará eliminar el carácter normativo de la transcendencia o la transcendencia misma de un lado y, de otro, la estructura metafísica del hombre, para que el teólogo tenga que emprender su camino desde el hombre en su pura fenomenicidad. El método progresivo queda sustituido por el método regresivo con más o menos radicalidad, según los casos. El conocimiento de la realidad empírica adquiere importancia decisiva y, como este conocimiento no lo proporciona ni la revelación ni la filosofía, quedan estos dos caminos reemplazados por la sociología y por la psicología. En vez de revelación, comprobación, y en vez de análisis existencial, la exploración sociosicológica. El teólogo y el pastor operan hoy prácticamente como directores de empresa, con la mira siempre puesta en el presente y futuro de la sociedad de consumo.

Se entiende perfectamente desde estos presupuestos que el Cristianismo busque ansiosamente el diálogo con el Marxismo. Hacía tiempo que los diálogos interconfesionales, si algún tiempo resultaron difíciles o imposibles, se venían teniendo en paz y serenidad. Casi resultaban ya imperceptibles los viejos puntos de fricción a la vista del nuevo interpelante. Si se quería dialogar con él y se tenía que querer dialogar, porque su espíritu impregnaba sutilmente el "consumo" de la sociedad, no había más remedio que aprender un nuevo lenguaje. El lenguaje de la teología y de la metafísica se había hecho inservible y el nuevo que se precisaba era el de la constatación sociológica y psicológica. Al mismo resultado llegaríamos partiendo de las exigencias de la técnica o del freudismo. Desde la vertiente cristiana el diálogo marxista se suele interpretar como un "medio de acercamiento", de posible entendimiento y colaboración. Desde

un nivel de reflexión habría que considerarlo más bien como una determinación o una consecuencia del método teológico, cuyas variaciones se producen, a su vez, en función de las modificaciones del objeto.

LA RENOVACION DEL LENGUAJE

Nos hemos referido anteriormente al lenguaje en sentido metafórico; ahora hablamos en sentido real, para constatar el cambio que en este relevo de la teología existencial se está verificando en el plano lingüístico. Podía estudiarse estadísticamente el movimiento cambiante de complejos terminológicos en el curso de la teología. Cómo se pasa, verbigracia, de "razón" y su complejo a "vida" y su complejo y de aquí a "existencia" y su complejo, para desembocar en el complejo de la "praxis". Resulta interesante averiguar el origen de estos términos, la incorporación a la teología y su historia a través de originales y versiones. Para nuestro propósito, sin embargo, resulta más sintomático que la sustitución de términos la sustitución de estilo. Brevemente exponremos los rasgos que caracterizan el estilo de la teología existencial y que empiezan a ser borrados ya por las "neoteologías".

El rasgo más saliente, a este respecto, nos parece que es el barroquismo". La fuerza expresiva de la teología existencial se cifra, en efecto, en el despliegue de multitud de imágenes referidas a algo inapresable e inexpressable, como espirales sin fin. No interesa el nombre propio y exacto de la cosa, quizás porque ser y existencia, ejes metafísicos de la concepción existencial, ni lo tienen ni lo pueden tener. El aparato conceptual que desarrolla el análisis fenomenológico de los teólogos existenciales hay que entenderlo siempre desde la incomensurabilidad entre el dicho y lo dicho. Como en Jaspers o en Heidegger habría que estar continuamente corrigiendo significados elementales de las palabras.

La inadecuación entre lo que se está diciendo y lo que se quiere decir provoca no sólo la acumulación de imágenes en el círculo mismo en que uno se está moviendo, sino que acaba por solicitar la ayuda de otros círculos lingüísticos. La erudición es consecuencia casi ineludible del "barroquismo". Se echa mano de la filosofía y de la literatura, para que, a fuerza de alinear y repetir términos filosóficos y literarios junto a términos teológicos, se logre la aproximación a la realidad teológica que se quiere expresar. Del paralelismo se pasa fácilmente a la asimilación. Términos originariamente filosóficos, literarios y aún vulgares son consagrados teológicamente. El peligro de confusión de esferas que de este transbase se pueda derivar es evidente y muy funestas las consecuencias para la reflexión teológica.

Un lenguaje de imágenes eruditas que giran en torno a una realidad sin decirla nunca es un lenguaje necesariamente oscuro e impreciso. No sin razón han acusado los teólogos escolásticos a los existenciales de imprecisión y oscuridad, a lo que han respondido éstos que ellas son el precio de la profundidad del objeto y de la belleza de la expresión. No tratamos de acusar ni de excusar, sino simplemente de poner de manifiesto cuál es el lenguaje de la teología existencial y, en este sentido, su acusada y excusada imprecisión y oscuridad es, desde luego, un dato,

Es más, la degeneración en confusionismo es inminente, cuando terminología prestada de la Literatura o de la Filosofía se aplica a la Teología sin tener en cuenta la diferencia de categorías reales que en cada una de estas esferas se manejan. Tan fecunda como peligrosa es la cercanía de las Facultades de Teología a las de Filosofía y de ésta a las de Letras. Sobre todo entre españoles la cosa ha tenido malas consecuencias, v. g. en la “literaturalización” del pensamiento filosófico.

En comparación con las Ciencias y con la Filosofía, la Teología tiene el handicap de la fe, es decir, de un elemento irracional que cataliza su lógica y su lenguaje. Por éste y por otros motivos existe un duro contraste entre la sobriedad de la estructura y terminología científica y la verbosidad y patetismo del lenguaje teológico. Mientras la cultura existencial ha mantenido el gusto por lo mítico y cifrado, las cosas le han rodado bien a los teólogos de la “interpersonalidad” e “inobjetividad”, pero ahora que los gustos han cambiado y el cientitífismo de claridades y verificaciones está expandiendo su radio de acción por todo el ámbito de la cultura, es posible que se resienta esa forma de teología. Posiblemente en un futuro no muy lejado resultará tan inadecuada la manera de hablar de los teólogos existenciales como les resultó a éstos la de la escolástica.

“Hoy los oprimidos del mundo están abriendo los ojos. Las autoridades y los privilegiados se alarman ante la presencia de agentes exteriores a quienes ellos llaman “elementos subversivos”, “agitadores”, “comunistas”.

En ocasiones, se trata incluso de personas comprometidas con ideologías de extrema izquierda que luchan por la liberación de los oprimidos, habiendo optado por la violencia armada para llevar a cabo esta liberación. Otras veces se trata de personas que, movidas por un sentimiento religioso, no soportan ver cómo la religión se interpreta y se vive como un opio del pueblo, como una fuerza alienada y elienante, y desean que la religión se ponga al servicio de la promoción humana de aquellos que yacen en condiciones infrahumanas.

Las autoridades y los privilegiados miden por el mismo rasero a ambos grupos. Para ellos, cuantos en nombre de la religión —religiosos y seculares— trabajan para implantar reformas desde la base, para provocar el cambio de las estructuras, han abandonado la religión por la política, caen en el izquierdismo, o, al menos, son ingenuos que preparan el camino al comunismo”.

Mons. Helder Cámara (“Espiral de Violencia”)